

CLUB SAN DIEGO

Feminicidio y violencia política en Guatemala

Si miramos las cifras globales, la pobreza se ha reducido en el mundo, especialmente en el continente asiático. Sin embargo, todavía quedan unos mil millones de personas que permanecen estancadas en la miseria y su pobreza aumenta al ritmo del crecimiento de los países ricos. Se les llama “el club de la miseria”. En medio de este abismo entre ricos y muy pobres, existen países que no acaban de perfilar su espacio, se mantienen en una zona oscura, en la anomia, como diría Durkheim, aunque él se refería con este concepto a la falta de normas, a la ruptura social de individuos y sociedades que viven dentro del Estado, y hoy vemos como es el propio Estado el que vive en el agujero.

Sin garantías democráticas, estigmatizados por la corrupción, la violencia social, la pobreza, la inhibición de la justicia, la marginación. Con una historia sangrienta ocurrida durante la confrontación ideológica de la guerra fría, estos países ven como se trunca su futuro y sus sociedades desconfían cada vez más del espacio público como garantía de justicia y libertad.

A través de la vida de un prostíbulo en San José, una ciudad portuaria de Guatemala, este reportaje trata de la violencia contra las mujeres, el feminicidio, como la forma más terrible de esta violencia social y la corrupción de la política.

DAYANA, LA LOBA

Dayana tiene tatuado un tigre en el estómago; y una loba con adorno de rosas en la espalda.

Don Félix y yo la miramos ducharse completamente desnuda en el fregadero del patio. Hace un sol de justicia y la muchacha parece disfrutar del frescor del agua mientras con una mano se enjabona a conciencia -el pelo, los pechos de pezones oscuros, las caderas, los muslos, los dedos de los pies-, y con la otra se tapa pudorosamente el pubis. Sólo nos da la espalda para enjuagarse y parece que lo haga a cámara lenta cuando llena un cazo en el lavadero, lo sostiene en el aire y lo inclina levemente dejando que el agua se derrame lentamente sobre su piel canela, gozando hasta la última gota.

Don Félix la mira de reojo mientras la chica se acerca caminando de puntillas envuelta en una toalla, se dirige a su habitación y regresa con unas botas de plataforma en la mano.

Don Félix –*El gato*, le llaman las chicas- es zapatero. Está sordo como una tapia y su cuerpo enjuto y arrugado parece encontrar en la postración la forma natural de su figura de tullido. Todos los días se pasa por el Club San Diego por si hay algún remiendo.

-Habrás que coser -dice examinando una de las botas, rasgada a la altura de la pantorrilla.

A plena luz del día, las botas de Dayana están para tirarlas. Lo mismo les ocurre a las medias, los tangas y los *body* que cuelgan descoloridos en los tenderos a la espera de que llegue la oscuridad de la noche y las luces estroboscópicas de la pista de baile las haga renacer refulgiendo glamour. Incluso las desconchadas mesitas de obra vista y sus sombrillas de paja parecen una fantasía de playa caribeña cuando cae la noche y se abren los neones del patio.

-Ven –dice Dayana cogiéndome de la mano para invitarme a pasar a su habitación.

Aquí vive y aquí recibe a los clientes. Techo de chapa. Paredes de tablas de madera. Una bombilla desnuda. Una mesita de camping repleta de perfumes. Cremas. Maquillaje. Una bolsa de plástico con las fotos de la familia. Una caja de condones.

Las moscas revoltean en el aire y las cucarachas se esconden bajo el colchón. Dayana, envuelta en una toalla, el cuerpo joven exhalando jabón, se sienta en la cama con las piernas cruzadas.

Cuenta su historia.

Tenía quince años. Iba camino del colegio en un pueblito cerca de Managua cargando una mochila con los cuadernos escolares y el almuerzo. Tres hombres la pararon y la arrastraron hasta el bosque donde *la tomaron* , uno detrás del otro.

-Me dejaron bañada en sangre en mis partes –recuerda.

Pero Dayana no se lo contó a nadie.

Se lavó “bien limpia”. Lloró. Y calló.

Papá hacía años que les abandonó. Mamá apenas estaba en casa y nunca tuvieron una conversación.

-Me lo tragué yo sola –dice mientras rebusca en la bolsa de plástico y muestra la foto de un niño.

-Es el fruto de aquella violación –dice.

Se llama Élison.

-Lo quiero como si fuera mío –suspira.

Dyana pasó todo el embarazo sin salir de casa “de pura vergüenza”. Cuando el bebé cumplió cinco meses, una amiga le propuso viajar a Guatemala ilegalmente. El niño se quedó con la abuela. Dyana les manda dinero todos los meses.

-La primera vez fue horrible –recuerda-. Me tocó un cliente borracho. No podía *hacerlo* y al final se tumbó en la cama boca arriba y me dijo que yo era muy guapa. Qué asco. Puedo bailar desnuda en la pista, que me soben mientras me invitan a copas, pero cuando los tengo encima no lo soporto. ¿Has visto los tatuajes?

-Los he visto mientras te duchabas.

Abra la toalla y se gira para mostrar la loba.

-La loba –dice- es astuta. Agresiva. Refleja lo que yo soy. Le he puesto un adorno de rosas porque la loba utiliza mi feminidad. Es astuta pero esta astucia la lastima. Cuando todo termina, la loba se sienta en la cama, mira lo que hizo y se pone a pensar: ¡sucial!, ¡eres repugnante! El cliente no se da cuenta. Por esto soy la loba. Astuta.

-Las rosas...

-Son la debilidad de la mujer por necesidad de hacerlo.

MARLON, EL COYOTE

Marlon merodea por el patio trajinando cubos de agua con lejía que echa por el suelo. Cada vez que pasa por delante de la puerta entreabierta le echa un vistazo a Dyana.

-A veces –dice la chica entrelazando las rodillas, la mirada soñadora- me pongo a pensar y digo: qué vida desperdiciada. Me gustaría hacer magia y que todo esto no hubiera existido nunca. Borrarlo todo.

Marlon apenas lleva un mes viviendo en el Club San Diego compartiendo habitación con una de las chicas y visitando la cama de alguna otra. A cambio del hospedaje, Marlon sirve las mesas, limpia el suelo y se ocupa de que los clientes paguen su cuenta. Su verdadero oficio, sin embargo, es el de *coyote*.

-Ahora mismo –cuenta- estoy esperando un viaje para los EE.UU.

El *coyote* es el guía de los ilegales, los espaldas mojadas que cruzan la frontera de México. Todos los años son más de quinientas mil los clandestinos que arriesgan su vida en este viaje. El tráfico ilegal es uno de los grandes negocios del mundo. No sólo para los traficantes sino especialmente para los contratistas, que adquieren mano de obra barata y se ahorran impuestos. Es como el tráfico de drogas: cuánto más ilegal, más dinero. En EE UU. se calcula que, contando sólo los mexicanos, existen doce millones de trabajadores sin papeles.

Marlon tiene un contacto que le entrega los “pollos” - salvadoreños, hondureños, guatemaltecos, mexicanos-, y él los conduce hasta Río Grande, a través de Guatemala, Belice y México.

-Los llevo en grupo pero vamos separados; les voy dando los trayectos, los transportes que tienen que coger, los puntos de reunión, hasta entregarlos a otro *coyote* en la frontera. Antes los cruzaba yo, pero ya me pillaron dos veces y a la próxima podrían caerme treinta años de cárcel.

El coyote no piensa quedarse mucho tiempo en el San Diego porque le espera una mujer en Yucatán. Una mujer madura, “guapetona”, que le lleva diez años. María Isabel Parra, se llama. La conoció en un parque. La saludó. “Entró la química” y tuvieron un hijo. Ahora quiere hacer algunos viajes más antes de instalarse en Yucatán para montar una pizzería y llevar una vida estable, aunque no sabe muy bien en que consiste este tipo de vida.

-¿Cuánto te sacas por viaje?

-Hasta mil dólares. Buen negocio ¿no?

Lo más peligroso, explica, es el monte, porque los bandidos y los *narcos* siguen las mismas rutas que sus “pollos”.

-Si te descuidas te lo roban todo. Y si agarran una *chava*, la violan. Es la mentalidad de aquí. Por esto es peligroso cruzar chicas jóvenes. Una vez, en Río Grande, unos *narcos* nos asaltaron y violaron a dos chicas que llevaba. Pero no nos mataron. Nos perdonaron la vida.

DOÑA BETTY, *MAMÁ*

El sol ha llegado al cenit en el patio del San Diego. Marlon chorrea sudor bajo la camiseta. Sirve unas cervezas *Gallo* que bebemos protegidos bajo una sombrilla. Doña Betty, *Mamá*, como la llaman las chicas, se ha sentado en la mesa contigua para pasar cuentas en una libreta. Entre hijos, hijas, nietas y nietos, Doña Betty tiene una familia de veintinueve vástagos. Sin contar con las chicas del Club, “mis niñas”.

Rubí cruza el patio camino del lavadero; lleva el sujetador en la mano y se lo coloca en la cabeza para hacernos reír; luego se quita las bragas y empieza a enjabonarse.

-Fíjate que hermosura... –dice doña Betty.

Puede que tenga dieciocho años, aunque quizás tenga alguno menos. Todas las semanas se saca unos trescientos dólares y cada viernes, sin fallar, su mamá y su tía vienen al club a recoger el dinero. Lo utilizan para pegar la medicación de su tío, enfermo de cáncer, y para mantener al resto de la familia.

-Aquí una ve de todo... –suspira doña Betty.

-Lo peor es si se enganchan a *la piedrecita* –opina Marlon.

Se refiere al *crack*, a chicas como *La Angi*, que está hecha una piltrafa y, para acabarlo de empeorar, se ha quedado preñada. Casi todo lo que gana se lo gasta en la droga. Rompe el alma verla trabajar por la noche, los ojos como dos brasas *haciéndoselo* con cualquiera, sin seleccionar a los clientes como si comiera a morro de un contenedor de basura.

-Si no fuera por el aprecio que le tengo a su mamá ya la habría puesto de patitas a la calle –dice doña Betty.

En el San Diego, como en la mayoría de los prostíbulos guatemaltecos, no existe la figura del macarra. Las chicas son dueñas

de sí mismas y controlan su dinero y la libertad de ir o venir a cambio de pagarle una cantidad a doña Betty. En una semana, cada una de ellas puede levantarse hasta 300 dólares –cuando hay un barco en el puerto, incluso 600-, una cantidad enorme para un país donde los salarios a veces no llegan a los 100 dólares mensuales.

-Todas compartimos un mismo ideal: la plata y la familia. Y yo reino sobre esta filosofía -resume Doña Betty, *Mamá*.

Pero que no haya macarras no quiere decir que no exista violencia. La violencia es, como explica la antropóloga Silvia Donoso, el instrumento privilegiado con el que se resuelven, en Guatemala, no solo los conflictos del poder, sino también las relaciones sociales. No se trata de una violencia “endémica por naturaleza” como algunos pretenden ver en los pueblos indígenas, sino una violencia que viene de los 36 años de guerra interna.

Durante décadas, la guerra fría exportó a Guatemala la violencia política, el enfrentamiento entre las grandes familias de terratenientes y los indígenas, la contrainsurgencia y la guerrilla, que acabó en genocidio de los militares y múltiples crímenes de los guerrilleros. El informe Girardi, el obispo que perdió su vida a los pocos días de presentarlo, narra en cuatro volúmenes bajo el epígrafe, “Nunca más”, los horrores de estos años de plomo.

Aquella famosa frase de los asesores norteamericanos según la cual “había que sacar el pez del agua”, se convirtió literalmente en una masacre indiscriminada de indígenas, una brutalidad de pueblos quemados, ejecuciones y enterramientos masivos, en busca de los guerrilleros, la mayoría de ellos universitarios que idolatraban a Ché Guevara y perseguían en la selva la revolución armada.

Nadie ha sido juzgado por lo que entonces ocurrió y hoy, cuando solo una bruma queda de aquellas ideologías de la guerra fría, el narcotráfico, el crimen organizado, la corrupción policial y los militares se han apoderado de un Estado que dominan las familias de siempre, porque, en esto, pocas cosas han cambiado: el 1% sigue ostentando el 70% de la riqueza de todo el país.

Doña Betty, que, como ya hemos visto, tiene su propia filosofía de los negocios, cuenta algunos detalles sobre el modo en que deben resolverse las relaciones con las fuerzas de orden y los representantes de la ley.

-A veces hay redadas –explica-. A *las chicas* me las tienen hasta ocho días encerradas. A mí, cinco o seis. Si me llevaran a juicio podrían caerme dos años. Así que lo arreglamos en la comisaría, con un fajo de dólares.

En el San Diego, por supuesto, la policía no paga. Ni a las chicas, ni por el güisqui que se toman. Pero ellas sabrán recuperarlo cuando se tercié un cliente bien borracho al que puedan vaciarle los bolsillos.

-Mire *Mamá*, dicen las chicas, porque aquí hay confianza –explica doña Betty-, le quité 500 dólares a uno. “¿Se ha dado cuenta?”, les digo yo. “Bien, pero si me regresan, ustedes me lo devuelven ¿estamos?”.

Teniendo en cuenta que en el país sólo llegan a juicio el dos por ciento de los asesinatos, para los *asuntos privados*, la justicia paralela y la filosofía del ojo por ojo es una norma general que no ignoran en el San Diego.

-Le llamaban *Coco Plano*... –baja la voz doña Betty al recordar una de estas historias de la crónica negra.

Era un muchacho joven, de unos 25 años. Un tipo muy malo. Violento. El mismo diablo. Seguía a las chicas, las asaltaba, las violaba y les robaba el dinero. A una le introdujo un coco entero en la vagina, quien sabe si lo hizo porque no podía soportar el mote que le habían puesto. Una noche *Coco Plano* se peleó con otro cliente. “¡Mátalo! ¡Acáballo!”, gritaban las chicas. Y el otro, que ya lo había noqueado, fue hasta el descampado, cogió una piedra y lo remató aplastándole la cabeza.

El Coyote, que sigue con interés el relato, aunque está claro que necesita un cambio de tema, pasa el peine por su pelo negro betún y con la mano se recoloca el paquete sin apartar la mirada de Rubí.

-Lástima de chicas. Todas podrían ser modelos... –dice contrariado, llevándose la botella de cerveza a los labios para vaciarla de un trago.

BERTA, CUARANDERA

La caída de la tarde es un momento que se agradece después del sofoco de la jornada. A esta hora, Berta, la curandera, *Princesa*, la llaman, ya ha llegado para tomar posesión de su reino junto al altar de Mas Simón, un santón cuyo espíritu ofrece protección y buena suerte en asuntos de trabajo, salud y amores.

El altar ocupa una pequeña habitación del prostíbulo sin ventilación, un lugar de recogimiento al que acuden las chicas para encomendarse al más allá. El aire a cera quemada es irrespirable, así que doña Berta se ha instalado en el pollete de la puerta, flanqueada por Ángela, que está sentada encima de una caja de cervezas.

Ambas fuman un puro detrás de otro, en medio de una espesa humareda. Todas las tardes Berta dirige esta ceremonia de la buena suerte y Ángela, que todavía no se ha maquillado ni vestido para la noche, es su seguidora más fiel. Antes de abrir las puertas del San Diego, bendecirá el local con incienso recorriendo todos los rincones con una lata que sostiene con unas cuerdas agitándolo a modo de botafumeiro.

De momento siguen con los puros. Hoy ya llevan quince. La curandera explica que hay que fumar distintas cantidades según el problema que se presente. Cuando el negocio baja, se fuman entre cuarenta y dos y cuarenta y tres. Para los asuntos más pequeños, bastan siete u ocho, pero cuando se piden buenos clientes, señores con el bolsillo lleno, hay que subir a cincuenta puros y a veces, si las cosas van muy mal y se quiere “un milagro de prosperidad”, habrá que fumarse hasta ciento uno.

Hoy se encomiendan a la “dominación de los clientes” y bastará con veintiún puros. La curandera está atenta a cómo se consume cada cigarro, porque la ceniza habla. El que ahora se está fumando, quema “haciendo un largo camino” irregular, una buena señal

porque anuncia “larga vida y salud”. El puro de Ángela quema uniforme, dejando que la ceniza caiga como un bloque. Tendrá una buena noche, vaticina la curandera que lo interpreta como un “triumfo de dominación”.

Mientras Berta prepara el agua florida para el *jala-jala*, la ceremonia de rociar a *las niñas* para que el perfume atraiga a los clientes, expíe los pecados y aleje los malos espíritus, Ángela cuanta su vida.

EL SUEÑO DE ÁNGELA

Es la mayor de diez hermanos. Tenía ocho años cuando papá se fue con otra y mamá se marchó a México dejándoles con la abuela, que la puso a vender dulces en la calle, hasta que la mandó de sirvienta a un restaurante de Corinto, en la costa de Nicaragua. Lavaba platos, limpiaba sábanas, arreglaba las mesas, hacía la compra en el mercado. Un día, un ecuatoriano le ofreció cien dólares. Dice que no sintió nada, sólo dolor.

-Fue mi primer hombre. Se llamaba Melchor, todavía recuerdo su nombre...

Aquellos cien dólares la llevaron hasta una habitación del barrio portuario y nunca más regresó al restaurante donde no conseguía ganar la misma cantidad ni en un mes de trabajo. En vez de fregar platos, ahora paseaba todas las tardes montada en una bicicleta frente a una taberna de marineros para que la vieran. El dueño de la taberna era quien se encargaba de enviarle los clientes.

Un día, cargada de regalos, decidió coger un taxi y visitar a la familia. La abuela la recibió con una buena paliza y la encerró en un cuarto. Ángela consiguió fugarse y, poco a poco volvieron las visitas, los regalos y los arrumacos de la abuela que acabó por resignarse y admitir que Ángela, a sus 15 años, les mantenía a todos.

-Sólo me dijo: no tomes alcohol, no te drogues, respeta a los hombres casados, sé limpia y ahorra dinero para el futuro.

Después de Corinto, hubo años de prostíbulos en El Salvador y en los locales de la peligrosa zona cinco de la ciudad de Guatemala, la capital.

-De niña –asegura doña Betty- era una gran belleza, la preferida de los clientes.

-Ahora ya me llaman vieja –dice Ángela, que no ha cumplido los 30 años-. Hay clientes que son muy malos y te hacen llorar, te dicen que eres basura, que no sirves para nada, que no sabes darles placer, te golpean.

Los sustos forman parte del oficio y ella, que ha tenido ya tres violaciones, da gracias a Dios por conservar la vida. La primera violación fue en El Salvador cuando unos *maras*, pandilleros, la secuestraron y la *tomaron* uno detrás del otro durante una noche entera y de madrugada la arrojaron a una cuneta. La segunda violación fue por celos. El encargo de una chica que la acusaba de quitarle los clientes y pagó a un hombre para que la matara. El hombre le perdonó la vida, pero no se privó de violarla antes de pegarle con tanta saña que tuvo que guardar cama durante tres meses. La tercera vez, fue aquí, en el Club San Diego. Salió con tres chicas para un servicio. Las llevaron a una casa donde las aguardaban quince hombres. Las obligaron a drogarse y luego se enzarzaron en una orgía de sangre y violencia. Ángela pudo escabullirse un momento y desde el baño llamó por el móvil a la policía que se presentó con las sirenas.

-Tuvimos suerte, porque aquel día hubiéramos terminado en un contenedor de basuras...

Si la violencia es en Guatemala, como nos dice Silvia Donoso, “un instrumento cultural de relación”, la violencia contra la mujer es tan grave y está tan aceptada socialmente que se habla de *feminicidio* para explicar la singularidad de estos ataques producidos en un clima de misoginia y machismo generalizado, en una cultura dominada por el “patrón patriarcal”. Cada año son miles las mujeres asesinadas sin que el 90% de estos crímenes sean investigados; cada año aumenta de un modo alarmante el número malos tratos y

violaciones de mujeres y niñas, muchas de ellas en el seno de la propia familia-

“Los asesinatos de mujeres –dice Donoso en su informe “Feminicidio en Guatemala: las víctimas de la impunidad”- se producen con gran brutalidad y un alto grado de ensañamiento y premeditación. Muchos de los cuerpos hallados muestran señales de violencia sexual, mutilaciones genitales, desmembramiento, lo que implica actos de tortura como antesala de los asesinatos”.

Ángela ha conseguido reagrupar a su familia y hoy vive en un pisito con sus dos hermanas pequeñas a las que paga los estudios, mientras sus otros hermanos y hermanas se han ido casando.

Incluso se ha traído a mamá, que se pasa el día jugando a las cartas mientras ella sigue trabajando para todos ellos.

-Lástima de la abuela –dice.

Lo de la abuela es lo que más triste la pone. Que muriera sin que ella estuviera a su lado para cerrarle los ojos. Y que no le diera la bendición y la perdonara antes de expiar. Lo de la abuela le pone incluso más triste que todos los amores.

Hubo, dice, un griego que se quería casar y la llevó a su país para presentarla a la familia. En el San Diego todavía se recuerda el día que se despidió para embarcarse con el griego. Y el día que regresó sola a los tres meses. El griego era buena persona cuando estaba sobrio. Pero cuando bebía era incapaz de amarla y, rabioso por su propia incapacidad, avergonzado de su flacidez, la llamaba “puta”; “lo haces por dinero”, la insultaba, gritaba, la pegaba, lloraba.

El español, no, el español era un “caballero”. Siempre la sacaba a cenar, la invitaba al hotel y le hablaba bonito mirándola a los ojos. “Princesa”, le decía. “Mi amor”, “mi reina”. A veces se la quedaba mirando mucho rato. “Eres tan bonita”. Le cantaba “Bella sin alma”. Y Ángela lloraba. Lloraba de gozo y lloraba de pena porque sabía que cuando el barco del español se alejaba de la costa una mujer esperaba al otro lado del océano y que ella, la puta, “la princesa”, no había nacido para ocupar el lugar de la esposa.

Por esto en el sueño de Ángela no hay ningún hombre.

En su sueño está la abuela.

-Vamos cogidas del brazo camino de la iglesia. Yo voy toda de blanco, con un vestido largo. La abuela sostiene una Biblia en el pecho y viste el delantal de cocina. Mis hijas no siguen, también de blanco. La puerta de la iglesia se abre para recibimos y las voces del coro nos llegan en medio del resplandor...

-Parece el cielo. –dice emocionada doña Betty.

“Una entrada triunfal en el cielo”, nos reímos todos.

EL PULSO DEL PAÍS,1. LECTURA DE DIARIOS

El Club San Diego es un buen barómetro para seguir el pulso del país: los sicarios, los policías, los clientes que manejan dinero sucio, los aposentados que todo lo compran, todo se lo permiten, los que se arrastran, la pobreza, la corrupción, la humillación.

Hay días en los que ni siquiera compramos el diario, porque es menos lo que se publica que lo que aquí se sabe y es desde luego mucho más empírica la verdad que aquí se filosofa que la que allá se especula. Hoy, sin embargo, una noticia llama nuestra atención. En el barrio portuario ha habido durante la noche una gran movida policial. Tenemos que leer la noticia dos veces, porque lo que nos parecía una cosa –una redada policial contra la droga-, resulta ser una redada policial contra la policía que trafica con droga. Es decir, una pelea por el control del narcotráfico, en el que la policía está metida hasta la cejas, como todo el mundo sabe, incluido “El tanqueta”, el hombre que hace unas tardes nos paseó con su barca por los canales del puerto para enseñarnos las enormes lanchas rápidas aparcadas junto a las barcas de pesca y jactarse de lo bien que le van las cosas desde que se dedica a “la otra pesca”.

Uno de los grandes negocios locales consiste precisamente en recoger en alta mar la “mercancía” que tiran los barcos colombianos y trasladarlos hasta la costa en estas lanchas rápidas, donde bandas locales la hacen llegar hasta EE.UU:

La causa de la redada tiene su miga: al parecer un pescador encontró un paquete de droga navegando a la deriva y se lo quedó.

Por la noche “el ladrón” tuvo una visita de la policía en busca de la mercancía, pero no para requisarla en nombre de la ley, sino para “recuperarla”. Unos vecinos denunciaron la presencia de hombres armados y llegaron otros policías que encontraron a sus colegas... y les dejaron en libertad.

LA VERDAD DE SANDRA

Sandra, *La china*, es una de las chicas más jóvenes del San Diego.

-Soy mala –dice aguantando la mirada antes de desvanecer sobre la mesa, la frente apoyada, los brazos colgando sin fuelle.

Ángela la mira desde lejos con preocupación. No es para menos. Ayer por la noche *La china* se derrumbó en pleno trabajo y la tuvieron que llevar al hospital. Diagnóstico: coma etílico. Dice que llevaba más de quince cervezas y, así, varias noches seguidas. Hoy bebe suero de una botella, después de que la tuvieran intubada en el hospital.

-Si no bebo, no aguanto –se queja.

Necesita el alcohol para calmarse y para poder estar con los clientes. Lo necesita siempre y desde la primera vez y Ángela, que es su amiga y la cuida, da gracias a Dios de que al menos haya dejado la cocaína y el *crak*, porque hubo un tiempo en que *La china* andaba enganchada y parecía que nada la amarrara a la vida y quisiera evaporarse con el humo de *la piedrecita*.

-¿Por qué no vuelves con tu familia?

Una lágrima desborda sus ojos enrojecidos.

“Soy mala”, repite.

La primera vez que estuvo con un hombre tenía 16 años. “Yo no sabía nada”, recuerda. Se había escapado de casa y trabajaba en una cafetería. Preparaba hamburguesas, perritos calientes. Una chica que conoció le propuso ir a un local. Un hombre la invitó. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho ya no recuerda cuántas cervezas. En realidad, casi no recuerda nada. Sólo una leve, infructuosa resistencia cuando el hombre la arrastró hasta una habitación y le

dijo “tú déjame hacer a mí” y le dio unas bofetadas para que se callara.

-Fue la primera vez, algo feo, horrible.

Luego se convirtió en una rutina. Se emborracha y se deja hacer.

-No siento nada. Sólo miedo por si se rompe el condón.

A los clientes los tiene clasificados. Los chinos son unos pesados, les gusta que les pegue y les gusta pegarte, a veces le dejan todo el cuerpo marcado; los negros son buena gente, más tranquilos y cariñosos; los norteamericanos dan propinas; los rusos, pobres, no tienen un céntimo y pierden la cabeza; a los filipinos les gusta cambiar de chica, no son fieles...

Marbel entra en el patio en búsqueda de su hermana Ángela, porque necesita dinero para comprar un cuaderno. Marbel tiene dieciséis años y es muy buena estudiante. Cuando sea mayor quiere ser doctora.

-Esta triste –dice señalando a *La china*- porque su mamá no la llamó el día del cumpleaños.

Marbel es muy amiga de *La china*. Algunas tardes las pasan juntas en el apartamento de Ángela, tumbadas en la cama de Marbel, abrazadas a los peluches, charlando, bebiendo refrescos, mascando chicle y mirando el televisor.

-¿Por qué no regresas a tu casa? –insisto a *La china*.

Dice que siente vergüenza. Que no puede volver a tener una vida normal después de lo que ha hecho.

Hablamos y hablamos y al final sale la verdad de *La china*: el día que siendo una niña su mamá la pegó con unos cables porque no soportaba que le preparara el café a papá y que papá la besara; las veces que mamá la ataba en una silla y no le daba comida y cómo mamá siempre estaba celosa y papá era muy cariñoso y la buscaba y luego se peleaban.

-No entiendo lo que me pasa –dice. No entiendo lo que hago. Me da miedo que los hombres no me quieran. Soy una mierda.

UNA EXPERIENCIA DIPLOMÁTICA

La Lupe está recién llegada de su país, El Salvador, donde ha pasado unos días después de que la detuviera la policía y la deportara. A veces ocurre: la policía se presenta sin previo aviso y se lleva a *las niñas*, como ya nos contó doña Betty que, en esta ocasión, tuvo que esperar a que Lupe volviera a contratar los servicios del *coyote* para regresar al Club.

Discutimos sobre estas deportaciones y Ángela recuerda cómo hace sólo unos meses ella misma fue detenida y las pasó canutas.

Primero la metieron en la cárcel con un grupo de chicas y, a la semana, las nicaragüenses como ella fueron conducidas a la embajada, donde las sermonearon.

“Qué vergüenza tan grande, pensar que en nuestro país pueden vender tortitas por la calle y se les ocurre hacer de prostitutas, dan ustedes verdadera lástima”, dijo la señora embajadora.

El camino de ida hasta la frontera fue gratuito y en coche oficial. Una vez en la frontera, Ángela ganó algo de dinero con los camioneros –a cinco dólares el servicio- hasta que uno se ofreció a llevarla hasta San José. Todo fue bien, hasta que diez kilómetros antes de llegar a la ciudad portuaria les paró la patrulla. Después de amenazar al camionero con cuarenta años de cárcel por llevar “pollos”, la policía se quedó con la chica.

-¿Y ahora que hacemos? –dijo el oficial mientras el camión se alejaba.

-¿Qué quiere? –inquirió Ángela.

-Ya sabes...

-Tengo pipí –dijo la chica para ganar tiempo.

Desde el lavabo de una tienda pudo llamar a doña Betty, que se presentó con doscientos dólares, aunque el policía, molesto porque Ángela se entretuvo hablando con la dueña de la tienda –“cuidado que es un conocido violador”, le dijo la mujer-, quería cobrar dos mil.

EL PULSO DEL PAÍS 2. LAS CLOACAS DEL ESTADO

Seguimos con la lectura de diarios mientras las chicas empiezan a prepararse para la noche. El asunto que domina la prensa estos días, y seguirá haciéndolo durante meses, es la muerte de un antiguo coronel de inteligencia, Giovanni Pacay, ocurrida en septiembre y cuyas consecuencias han llegado hasta el corazón del Estado y el asesinato reciente de Víctor Rivera, un antiguo mercenario venezolano, responsable de los servicios secretos, el hombre que controlaba las cloacas del poder y se ocupaba de la seguridad privada de las familias más ricas del país. El asesinato de Pacay fue uno de los casi cincuenta asesinatos políticos ocurridos durante la campaña electoral que llevó a Álvaro Colóm a la presidencia, después de derrotar al militar Otto Pérez. No vamos a extendernos en los cientos de detalles que rodean este serial; digamos solamente que ya hubo un hecho “extraño” al principio de esta rueda de asesinatos cuando el año pasado cinco diputados salvadoreños, entre ellos el hijo del ultraderechista Roberto d’Abuissou, fueron asesinados por policías de uniforme cuando viajaban a Guatemala para un asunto de narcotráfico y lavado de dinero. Los asesinos actuaron de uniforme y con coches patrulla. Detuvieron a sus víctimas en un control, los asesinaron y tiraron los cuerpos a un descampado después de quemarlos. El GPS del propio coche policial identificó a los asesinos que fueron detenidos pero, una vez en la cárcel de máxima seguridad, un comando bien armado cruzó las cinco puertas que los custodiaban y los baleó después de degollarlos... una guerra en las cloacas del Estado como dicen en el Club San Diego mientras cae la noche, se abren los neones y la música llena la pista de baile donde *La china* ensaya su número de striptease deslizándose sobre una barra metálica fijada al techo.

SATÁNAS Y LA LIMPIEZA SOCIAL

Una leyenda de satanismo, drogas, sexo, narcotráfico, mujeres violadas y asesinadas recorre los países centroamericanos y la frontera de Río Grande. El caso más llamativo y escandaloso de

estos crímenes de muchachas jóvenes es el de Ciudad Juárez, en el estado mexicano de Chihuahua, donde son más de mil las mujeres desaparecidas desde 1993 y cuatrocientos los cadáveres encontrados, sin que casi nunca llegue a resolverse el móvil de la muerte ni a identificarse al criminal.

La sustitución del Estado por el mundo del crimen organizado es uno de los nuevos escenarios de la hegemonía del capitalismo global. El narcotráfico se ha convertido en la actividad más lucrativa de los nuevos oligarcas, y países como México afrontan una verdadera guerra interna por la supervivencia del Estado. El ex guerrillero salvadoreño, Joaquín Villalobos, especialista en mediación de conflictos, ha advertido sobre este “nueva violencia” y señala que, si bien algunos Estados fuertes como México pueden ganar la batalla a las redes criminales, en países pequeños como El Salvador, Honduras, Nicaragua o Guatemala, el Estado puede pasar a manos de estos grupos.

Damián, 27 años, es un asesino a sueldo que conoce muy bien las leyes de la “nueva violencia” pues él mismo ha trabajado como sicario para las bandas de narcotraficantes, ha entrado y salido de la cárcel sobornando jueces, ha participado en el secuestro y asesinato de muchachas para rituales de iniciación.

Me lo presentan en la consulta donde acuden *las chicas* para hacerse la revisión ginecológica y recibir información sobre la prevención y tratamiento del sida, aunque Damián no es al sida lo que más teme, sino al diablo: que Satanás le pida el alma del hijo que está esperando con su novia -una adolescente de 16 años-, porque, dice, el maligno es implacable con los desertores, los que, como él, están dispuestos a dejar las armas y las drogas y a renegar de Satanás para confiar en el perdón de Dios Nuestro Señor por todo el mal que ha hecho.

-Ahora quiero el bien –dice.

-¿Y antes?

Antes...

Damián sube la pernera del pantalón. Una cicatriz irregular decora la pierna escuálida. Ocurrió durante el asalto a una agencia bancaria.

“Entramos bien armados, con fusiles AK 47 y pistolas Baretta. Encañoné al guardia de la puerta pero había otro guardia que disparó y me atravesó la tibia. Mis compañeros tuvieron una reacción inmediata y lo rociaron a balazos. Allí quedaron muertos. A mí me cogieron preso. En el hospital me tenían con las manos y los pies atados a la cama, esposado en cruz con todos los sueros colgando. Era un delincuente de alta peligrosidad. Mis amigos planearon un rescate. Entraron de noche, vestidos de enfermeros, con las armas escondidas debajo de la bata. Encañonaron a los guardias –*clas, clas, clas*-, liberaron las esposas y nos largamos. Fue como en una película”.

Damián recoge el pelo hacia atrás pasándose la mano. Una cicatriz surca el cuero cabelludo arrancando desde la frente.

“Una mañana venía de comprar droga, cuando una furgoneta de cabina oscura, sin placa, paró a mi lado y agentes del SIC –servicio de inteligencia- me encañonaron y me metieron dentro. “Te vamos a matar”, dijo uno poniéndome el cañón de una pistola en la boca. Le aparté de un manotazo y conseguí saltar del coche en marcha, cayendo por un barranco. Me forraron cinco polvos –*¡ta ta ta ta ta!*-. Una bala me dio en la frente y perdí el conocimiento. Se largaron dándome por muerto. ¿Sabes lo que hace el SIC? Se dedica a la limpieza social. Usted está en una banda. Ellos te localizan, te siguen, apuntan tu nombre, descubren tus movimientos; un día te agarran y te eliminan. Nadie sabe como ha sido. Así es nuestra guerra”.

También él ha seguido estos métodos.

“Lo llamamos “ayote”, investigar a alguien: donde trabaja, donde camina. Lo hacíamos por encargo, por dinero. Se sigue al tipo y en el momento adecuado lo ultimas, le quiebras el culo –*¡pam, pam, pam!* Una vez me pagaron cuatro millones de quetzales por un ganadero; iba con sus esposa y lo ultimamos con una metralleta –*ratacatatacatá*”.

Damián acompaña todas sus explicaciones con onomatopeyas, imitando el sonido de las distintas armas. La Baretta, su pistola preferida, el fusil de asalto AK 74, la metralleta israelí Uzi. Gesticula también con los brazos simulando los combates en los que ha participado y las técnicas de lucha que aprendió cuando estaba con los narcotraficantes. “Yo puedo quebrarle el cuello a un tipo de metro ochenta de un solo golpe. Me educaron profesionalmente”.

-¿A cambio de qué?

-A cambio de que sirviera a Satanás.

Damián tenía sólo 14 años cuando fue captado por una banda de narcotraficantes que le llenaron el cuerpo de drogas, la cabeza de filosofía sectaria y la conciencia de crímenes rituales.

Con ellos estuvo hasta los veinte años y llegó a ser sacerdote satánico.

-Te van dominando el cuerpo, el alma y la mente...

Las ceremonias de iniciación las hacían en mansiones de lujo. Se inyectaban drogas. Mataban animales para sacrificios. Secuestraban a muchachas jóvenes y bebían su sangre después de asesinarlas. A veces iban al cementerio para beber la sangre de los muertos. “Hay que sacar al muerto de la tumba, putrefacto. Se licua la cabeza, también se hace con los fetos”.

-Teníamos una regla: cuando te metes en esto, ya no puedes salir. Somos hermanos de la luz. Tenemos el poder de Satanás.

-¿...?

-Por ejemplo, antes de un atraco yo me encomendaba a Satanás. “Padre Satanás, manda a los demonios para que me protejan”. Trabajaba mucho con los guerreros negros. Imagina que voy por la calle caminando y alguien quiere hacerme daño, entonces, estos demonios, que no se ven, me protegen, son como guardaespaldas. Por esto nunca tengo miedo. Siempre entraba el primero en los atracos porque iba con los demonios y tenía huevos para matar. No me importaba hacerlo. No sentía nada. Tengo coraje. Y poderes mentales. Practiqué hipnosis y telequinesis, que es el poder de mover objetos con la mente. Aprendí a desdoblar el alma, a que mi espíritu

saliera. Esto es muy útil para cuando te torturan, hay un momento en que tu espíritu se separa del cuerpo y no sientes nada. Pero no se aprende de la noche a la mañana. Hay que practicar.

Dice Damián que los sicarios como él duran poco, que a la mayoría de sus amigos ya los mataron antes de cumplir los veinticinco años o se mataron ellos mismos con la droga –“la droga te manda hasta la luna, pero luego viene el bajón, las palpitaciones, el sudor helado, la depre, y cada vez quieres más y más...”-.

Dice Damián que él ha tenido suerte porque siempre le han respetado.

-Cuando había problemas, yo callaba. No iba diciendo “te voy a matar”. Lo hacía. Callada la boca, los mataba. Por esto la gente siempre me ha respetado. Una vez alguien me dijo que con este potencial que yo tengo hubiera sido un buen empresario. Me lo quedé pensando. A lo mejor tenía razón y hoy sería un hombre de posición...

JOSELYN EN LOS BRAZOS DE DIOS

Si Damián confía en el perdón de Dios, Joselyn quiere entregarle al Señor su vida de prostituta.

-Este es mi sueño –dice-: montar un negocio de venta por catálogo y dedicarme a Dios.

A Dios se lo debe todo, explica. Lo conoció el día que iba a matar a su marido.

Al marido lo vio por primera vez en una parada de bus. El hombre la miró y le dijo, “¿usted se casaría conmigo?”. A los quince días se casaban. Fue una boda bonita. Hubo mucha comida. Bebida. El marido incluso tuvo el detalle de alquilar un autocar para que pudiera asistir toda la familia de Joselyn. Ella tenía dieciséis años. Él cuarenta y seis. Cuando se fueron los invitados, empezó el infierno. Los palenques, guerras de gallos, le gustaban a aquel hombre más que Joselyn. Los gallos y tomar. Y pegarla. Le daba unas palizas de muerte. Un día incluso estuvo a punto de ahorcarla y lo hubiera hecho si no fuera por un sobrino que la rescató de casa para

entregarla a la calle, porque fue aquel mismo sobrino quién la llevó hasta un local donde se quedó. Recuerda Joselyn su angustia y su necesidad de que alguien la abrazara bien fuerte, le hablaran bonito, la sobrara; y su frustración por no sentir nada hermoso, solo asco, y odiar cada vez más a los hombres porque la hacían sentir “que no vales nada”.

De vez en cuando, el marido aparecía por el local, le daba una paliza y le quitaba el dinero.

Un día, una amiga que distribuía droga le facilitó una pistola. “Un revolver del 34”. El plan consistía en matar al marido y huir con su amiga en un coche que la estaría esperando. Antes de matarlo pasó por una iglesia evangélica y habló con el pastor. Era un sábado. Unos feligreses la siguieron por la calle y “ya no le maté”.

-Dejé la pistola. Lloré. Nos abrazamos. Me dijeron: “mañana es domingo, ven a la iglesia”.

Acudió completamente borracha, porque le faltaba el valor. El pastor la invitó a hablar delante de todo el mundo, que la escuchó animándola. Así fue como conoció a Dios. Ahora reza todos los días y le cuenta sus cosas al Señor. El siguiente paso, dice, es montar un negocio y dedicarse a Dios por completo.

-Me gustaría ir a los hospitales a ver a las mujeres que están tristes, solas. Ayudar a la gente. Hacer comidita para los que esperan en la puerta de los hospitales o en una esquina. Preguntar al vecino como amaneció.

Piensa que en un par de años habrá conseguido suficiente dinero para montar su negocio, hacer el bien y dejar *esta vida*.

EL PULSO DEL PAÍS, Y 3. LA PENUMBRA

Marlon, *El coyote*, se ha puesto una camisa blanca y ha untado su pelo negro betún con fijador, peinándolo hacia atrás. Está atento a los clientes que empiezan a ocupar las mesitas del patio o se distribuyen en el interior del local, frente a la pista de baile.

En la puerta principal, doña Betty ha apostado un matón de mirada vacía. Supongo que en algún lado debe tener un fusil recortado,

porque cuesta pensar que pueda expresarse más allá del cañón de su fusil, que de su boca pueda salir alguna palabra lógica o de sus ojos alguna señal de vida.

No deja de ser un hecho curioso que la seguridad corra en este país a cargo de las empresas privadas. Algunos datos ponen la piel de gallina: los militares, que fueron los principales responsables de las grandes masacres ocurridas en la lucha contraterrorista, administran el cuarenta por ciento del presupuesto del Estado. Pero hoy ya no lo contra “el comunismo”. Hoy trabajan directamente para “el Estado que hay dentro del Estado, son los ejecutores del Sistema”, como explica con alto funcionario de justicia –“por favor, nada de poner mi nombre”.

El “sistema” significa una economía dominada por la corrupción, el poder de las grandes familias, el crimen y el lavado de dinero. “Existen unos seis mil homicidios al año. Sólo el dos por ciento son juzgados”. La nueva policía civil que se creó para “superar” la guerra sucia está compuesta por los mismos mandos de la antigua Policía Nacional. Son tan corruptos, que la seguridad se ha privatizado completamente, hasta el punto que hoy, los cien mil guardias privados que hay en el país multiplican por cinco los agentes del orden. “Aquí se acusa a los *mareros*, las bandas, de ocuparse de la droga. Pero lo cierto es que las *maras* sólo se encargan de la distribución y tienen una vida marginal, crecen, viven y mueren en los barrios pobres. Quien lleva el negocio de la droga - ¡por favor, ni se le ocurra nombrarme!, insiste el alto funcionario-, es la propia policía, que la distribuye, organiza transportes para moverla, protege los cargamentos de frontera a frontera, y actúa bajo el control del sistema financiero que le da salida y permite el lavado”.

“¿Los jueces? Ay... no me haga hablar. ¿Las grandes familias? Haga usted mismo las cuentas. ¿No se ha fijado en la pobreza?. ¿No ha visto la gente que se muere de hambre? ¿Sabe cuánto gastamos en educación? ¿La Iglesia? Por favor, olvídeme...”.

Suena la música en el Club San Diego. Sandra ha empezado un *streaptease* deslizándose por la barra como una cuerda de goma. En los destellos de sus ojos profundos que parecen tener vida ajena se percibe un brillo de marcianos y estrellas lejanas.

El coyote sirve unas cervezas.

-Paga la casa –dice él señalando a doña Betty que nos saluda levantando la mano desde el fondo del local, sentada en una mesa rinconera protegida por la penumbra.

Este reportaje se ha podido escribir gracias al apoyo de la Fundació Sida i Societat (www.sidaisocietat.org) que tiene un programa de prevención y tratamiento del sida en diversas poblaciones de Guatemala y ofrece revisiones periódicas a las chicas del Club San Diego.